

Cristianismo y Masonería
Iniciación cristiana frente a Masonería moderna

Ferran Iniesta
Universidad de Barcelona
(CBCS del Gran Priorato de Hispania)

Suele suponerse un antagonismo histórico, casi natural, entre el cristianismo –de modo particular el católico- y la masonería, concebida como institución moderna. La excomunión que la Iglesia de Roma decretó contra todo católico que fuese a un tiempo masón, en 1738, apenas matizada en 1983 por la directiva del Prefecto para la Doctrina de la Fe, cardenal Ratzinger, considerando en estado de ‘pecado grave’ a todo católico activo en la Francmasonería, ha identificado a la orden de los constructores con un enemigo del cristianismo de observancia romana. Y aunque las relaciones con el ámbito cristiano protestante y ortodoxo han resultado mejores, no cabe duda que muchas de estas Iglesias tienden también a limitar el acceso de sus fieles a la masonería, al juzgar a esta orden laica como una competidora en ámbitos espirituales.

Y no es menos cierto que, cuando muchos profanos se acercan a las puertas de acceso a los templos masónicos, lo hacen con la convicción de que van hacia una entidad mundial que carece de connotaciones religiosas y que tiene más a ver con un club social o con una asociación para la beneficencia que con una entidad de objetivos espirituales. Y si el candidato busca ‘conocimiento’, se asimila éste a la ciencia actual, y por lo tanto a una ‘sabiduría’ de corte psicológico e incluso psicoanalítico (Otaola). Y, aunque la mayoría de obediencias u organizaciones llamadas ‘regulares’, según los parámetros matrices de la Gran Logia Unida de Inglaterra, en sus constituciones nacionales o en sus páginas principales de WEB aluden a la exigencia de creer en un Gran Arquitecto del Universo o en un Principio Supremo de todo lo existente, por lo general no van más allá de esa declaración teórica obligada, sin mayores repercusiones en las prácticas rituales de cada obediencia. Así, Cardelús, un alto dirigente de la Gran Logia de España, defendía en 2003, en una WEB dedicada por esa obediencia al debate masónico (El Aprendiz Masón), que el Gran Arquitecto no tenía nada que ver con Dios, ya que cada miembro de la masonería regular podía interpretarlo a su manera: sorprendentemente, nunca fue reconvenido por su Gran Maestro, que en aquel entonces era una excelente persona, pero tan racionalista y agnóstica como él.

Esa es la realidad: ni siquiera las obediencias masónicas ‘regulares’, oficialmente teístas puesto que deben reconocer la existencia de un ‘Dios revelado’ (Declaración de la GLUI de 1929), consideran la masonería del siglo XXI como una institución de corte tradicional, y menos aún de tradición cristiana. De ahí la insistencia, en los dos últimos siglos, en hablar de aportaciones egipcias y romanas, de simbolismos incluso de origen musulmán o de ser una institución “arca de símbolos” (Tourniac). Así, el masón que se precie debe tener una aceptable erudición sobre las tradiciones orientales o la historia antigua y medieval europea, y todo en su razonamiento se torna sincrético, en una verdadera amalgama de formas y significados. Y no obstante, esa no es la masonería de tradición, de raigambre medieval cristiana, y viva en la actualidad pese a ser minoritaria.

Las Constituciones de Anderson

En 1723, y nuevamente en 1738, el Pastor James Anderson, con la ayuda determinante del también Pastor Jean-Théophile Desaguliers, publicó por vez primera unas Constituciones masónicas, hasta entonces secretas y manuscritas en borradores que servían de guía a los Maestros de logia. Pero lo que sucedió entre 1717 (fecha de creación de la innovadora Gran Logia de Inglaterra) y esa edición, fue no sólo un acopio de gran número de antiguos manuscritos de logias inglesas, sino sobre todo su eliminación, para evitar la continuidad de los antiguos rituales y centralizar en todas las logias la nueva versión restrictiva elaborada por Desaguliers y Anderson. Afortunadamente, sobrevivieron viejos textos como los Regius, Cook, y los redactados poco antes, como el manuscrito Dumfries nº 4, que todavía en 1710 iniciaba su texto con una invocación ferviente a la Santísima Trinidad (Var).

De todos modos, la acción decidida de Desaguliers y un sector de la nobleza inglesa tuvo éxito, porque la vieja masonería operativa había perdido su pujanza medieval y los sectores más relevantes de la sociedad necesitaban una vía de conocimiento que no hallaban en su religiosidad cotidiana, excesivamente rígida y marcada por las contiendas civiles. La aportación innegable de los reformadores, hombres de religión y ciencia (no olvidemos que Desaguliers era un destacado ilustrado), fue sobre todo evitar las divisiones confesionales cristianas y defender la virtud de la tolerancia cuando el país y buena parte de Europa se hallaban periódicamente sometidos a los más feroces enfrentamientos. Pero hasta aquí la aportación, por otra parte bien conocida, de la llamada reforma especulativa o andersoniana. Y digámoslo de paso: Anderson fue un redactor oportuno en un momento clave, pero el alma del cambio fue sin duda Desaguliers: y a pesar de esto, nosotros aludiremos, por comodidad en la identificación, a esta masonería de nuevo cuño como masonería andersoniana o, más simplemente, moderna.

La reforma modernizadora tuvo y tiene aún dos grandes ejes: simplificación ritual respecto a la Edad Media y eliminación progresiva –y rápida– de los aspectos cristianos más relevantes. No deja de causar sorpresa que los reformadores fuesen hombres de Iglesia, pero Desaguliers era ante todo un partidario ferviente de la ciencia más avanzada, y en la acción de ambos pastores subyacía la convicción que reduciendo el carácter marcadamente religioso de la Orden de los Constructores se facilitaría a la vez una mayor concordia y se abriría el entendimiento a las luces de la ciencia. Siempre hubo, en las logias medievales, 'especulativos' o miembros de pleno derecho no constructores, como los capellanes de logia, de los cuales Anderson era un buen ejemplo, pero nunca antes habían tenido función dirigente ni habían sido elementos mayoritarios. Aunque las nuevas Constituciones defienden la existencia de un Principio Supremo y recuerdan la necesidad de ser religioso, aluden a una religión natural en la que 'todos coinciden', muy a la moda del pensamiento naturalista ilustrado: hay un germen descristianizador en la reforma protagonizada por aquellos hombres de Iglesia que culminará a finales del siglo XVIII con el acceso en logias francesas de ateos militantes como Voltaire y en la idea –errónea, pero verosímil– de la masonería como un foco activo de racionalismo antirreligioso y anticristiano. Muy pronto, el principio ilustrado de tolerancia iría llevando a sectores masónicos franceses (los llamados Philalètes) a la más feroz intransigencia hacia todo lo que tuviese fundamentos religiosos, y particularmente los de tradición cristiana.

Fue el irlandés Laurence Dermott, católico y formado en logias tradicionales, quien emprendió en Inglaterra la reconstrucción de la antigua masonería, creando una nueva Gran Logia que pronto sería popularmente reconocida como la de los Ancients o Antiguos en oposición a la de los

Moderns o Modernos, que es como se definió a posteriori a los seguidores de las Constituciones de Anderson. Dermott publicó en 1755 unas constituciones con el título de Ahiman Rezon, en las que resaltaban una intensa religiosidad (buena parte del texto son oraciones cristianas) y un apego a los rituales antiguos; los Ancients añadían la novedad de un Grado Cuarto –por encima de aprendiz, compañero y maestro- conocido como Royal Arch, y que contendría la esencia de conocimientos esotéricos cristianos que, a su juicio, los maestros modernos ignoraban. A finales de siglo, por cada dos logias modernas había ya una antigua tanto en la isla como en América, y al producirse la fusión de ambas obediencias en 1813 con el nombre de Gran Logia Unida de Inglaterra, los rituales recuperaron cierto rigor ‘antiguo’ pero se aceptó un teísmo vago que permitía a musulmanes o hindúes acceder a la institución sin poseer las mismas bases tradicionales. En realidad, la batalla de Ancients contra Moderns la perdieron los primeros, significativamente, aunque impusieron en modo póstumo su Royal Arch y un mayor respeto a lo ritual.

Podríamos considerar que la nueva masonería iba a acompañar a la ilustración como movimiento de ideas, y eso explica que hombres políticos destacados como Franklin, Washington o Lafayette formasen parte activa de las obediencias masónicas que se consolidaban en Reino Unido o en Francia. Imperceptiblemente, casi de modo inconsciente, la logia -antes estrechamente asociada al altar- se iba vinculando a la idea de un cambio político que pusiera fin al antiguo régimen señorial en toda Europa y en América. Sin embargo, esa era la línea ascendente, pero no sin otra poderosa corriente hasta la misma revolución francesa, la llamada de los iluminados o esotéricos, que solían mantener posiciones claramente cristianas y cuyo labor ritual tenía por objetivo un ‘conocimiento’ de naturaleza metafísica, y cuyas prácticas en el templo masónico se encaminaban ante todo a una fusión o realización espiritual plena. Como explica el historiador argentino Callaey, esa intensa batalla se desplegó a lo largo de todo el siglo XVIII, de tal forma que, durante la revolución, la guillotina hizo de los masones víctimas, mucho más que verdugos, ya que los jacobinos vieron en los masones peligrosos defensores de la religiosidad, incluso en sus modalidades más espirituales.

Acción restauradora de la Caballería escocesa

Durante bastantes décadas, mientras la nueva Gran Logia de Inglaterra constituía el embrión de obediencias en Francia, Alemania o España, irlandeses y escoceses rehusaron reconocer a la nueva entidad por juzgarla contraria a la tradición masónica. La Gran Logia de los Ancients, de Dermot, sí fue reconocida por las Grandes Logias de Irlanda y Escocia. Y mientras, la guerra civil inglesa entre orangistas-hannoverianos y estuardistas alineó de forma espectacular al sector masónico católico inglés junto a escoceses e irlandeses, y cuando los Estuardo se refugiaron en Francia, aportaron al país continental una percepción distinta de la nueva masonería especulativa. Tanto Jacobo III como su descendencia en el exilio francés, así como las tropas anglo-escocesas que les siguieron, fueron muy activos masónicamente, y las logias militares jacobitas o ‘escocesas’ impregnaron muchas de sus características a las nuevas logias francesas, muy allegadas en sus formas organizativas a la Gran Logia de Inglaterra andersoniana.

En este contexto, no debe extrañar que el mismo Gran Maestro de la moderna obediencia inglesa que firmó las Constituciones en 1723, el Duque Philip de Wharton, convertido al catolicismo y en ruptura abierta con la obediencia creada por Anderson y Desaguliers, llegase a ser el fundador y Gran Maestro de la primera obediencia masónica continental, la Gran Logia de Francia, en

1729. Dejando a un lado el carácter estrafalario de Wharton, y su apoyo inestable al Pretendiente Jacobo III (Ferrer Benimelli), lo cierto es que a inicios de los años 1730, la inmensa mayoría de logias eran profundamente cristianas, y un sector importante de ellas, católicas. Y fue durante el largo exilio estuardista en Francia e Italia, cuando se pusieron de relieve rasgos tradicionales que el sector militar difundió entre la mayoría de logias: la caballería cristiana, como una continuación de la iniciación másónica a niveles de combate espiritual en defensa de un orden personal y colectivo más justo. Fue Andrew Michael Ramsay, caballero inglés de orientación jacobita, quien asombró a su auditorio masónico francés al hablar en 1736 y 1737 (Naudon, Négrier) del sentido de una caballería renovada en pos de la verdad interior y de la justicia en las naciones: el ‘escocismo’ había nacido, en Francia, de la mano de un caballero estuardista.

Como han señalado numerosos autores, prácticamente la totalidad de obediencias y ritos masónicos derivan de la reforma andersoniana (Var), y en ese sentido, aunque disguste a los tradicionales, se puede hablar de que en última instancia cualquier ritual tiene rasgos de masonería moderna (desdoblamiento de los dos grados medievales en tres) y puede incluso llamarse ‘escocés’, puesto que los altos grados caballerescos de muchos ritos son de inspiración jacobita y no medieval, aunque aludan a esa época con respeto y admiración. Muy pronto, en casi todas las obediencias nacionales, aparecen grados caballerescos, ligados míticamente a la caballería cristiana, y muy particularmente a la templaria. En este punto, también, se inicia una divergencia importante ya que el ‘escocismo’ jacobita no usa la caballería para plantear una supuesta ‘venganza templaria’, mientras sí lo hará progresivamente la masonería más moderna y, muy particularmente a finales de siglo XVIII, el Rito Escocés Antiguo y Aceptado (REAA), que considerará al Papado el causante de la pérdida de la caballería y la justicia en los pueblos. Paulatinamente, en Francia, se abren dos vías que se reclaman de una Escocia masónica casi mítica, la una más ligada a conservar los antiguos valores cristianos y la otra más proclive a incidir en la justicia social y en la acción política (Callaey).

La condena temprana de la nueva masonería andersoniana, incluyendo la ‘escocesa’, llegó por parte del Papado en 1738, poco después de los discursos de Ramsay y su apología de la Orden del Temple. Por su régimen especial galicano, los católicos franceses escapaban a la excomunión, pero en general los católicos vieron cómo una orden iniciática especulativa, de clara profesión teísta y con numerosas logias marcadamente católicas en su seno (Irlanda, Escocia, pero también Francia), quedaba excluida de la comunión romana por una supuesta conspiración contra la Iglesia. En realidad, el Papado estaba condenando más una tendencia, esbozada en el primer deísmo de Anderson, que no una realidad general o mayoritaria. De forma inesperada para un gran sector cristiano, la orden de los constructores, forjada en los monasterios medievales (Palou, Callaey) con el apoyo de la jerarquía eclesial, pasaba a ser proscrita como entidad satánica y enfrentada al cristianismo. Nada de ello redujo el ímpetu de la nueva masonería ni provocó una estampida católica en las logias, pero el divorcio entre un sector importante del cristianismo y la renovada Orden iniciática se consolidó, y la identificación popular de la masonería como ente antirreligioso ha pervivido hasta nuestros días: una espiritualidad sin religión será el sueño moderno.

El inconveniente, para la materialización de ese sueño de una vía de conocimiento espiritual sin religión es que hay que cortar amarras con el pasado, con su religiosidad, con lo que es la tradición. Y ese fue ya en el siglo de las ‘luces’, y más hoy en día, la línea divisoria entre ambas op-

ciones: la masonería tradicional se mantendrá iniciática, religiosa, buscando el conocimiento íntimo hasta la realidad suprema, mientras que la masonería andersoniana más estricta -teísta vacilante primero, deísta ilustrada luego y finalmente antirreligiosa y atea laicista hoy- ha seguido un derrotero paralelo, cuando no idéntico, al de la evolución de la sociedad moderna. La irrupción caballerisca, pregonada por el jacobita Ramsay en la Francia de la época, produjo, pues, una proliferación de altos grados caballerescos, algunos perfectamente banales, en todas las logias, pero sólo poseían sentido como desarrollos morales y espirituales de una masonería tradicional: para deístas y, particularmente, ateos, los grados masónicos y sus despliegues caballerescos pasarían a ser 'un juego ritual', de innegable estética y aceptable dramatización, indispensables para hacer un 'cursus honorum' de hombres de clases acomodadas e intelectuales.

El Rito Francés y la Rectificación escocesa

Si se observa con atención el mandil del cuarto grado del viejo Rito Francés, posee una cruz latina roja con una rosa en su centro. Si la masonería fuese realmente de fundación moderna, un símbolo así carecería de sentido. Estamos hablando del grado de Soberano Príncipe Rosa+Cruz, que se practica hoy en las logias de este antiguo rito tanto en Francia como en España. Y es que, durante el siglo XVIII, antes de la revolución, ese fue el rito masónico original en el que trabajaron tanto Wharton como, más tarde, Ramsay, e incluso posteriormente los masones libre-pensadores que tuvieron que aceptar un rito de rasgos manifiestamente cristianos. Progresivamente, el rito iría introduciendo modificaciones que, con el tiempo, lo convertirían en el actual Rito Francés, ya despojado de sus elementos tradicionales cristianos: hoy, sólo la colocación de las columnas J y B preservan una lejana familiaridad entre ambos ritos. Esa descristianización paulatina favoreció niveles de confusión como la iniciación de agnósticos y de militantes ateos como Voltaire o la entrega de la Gran Maestría de la obediencia francesa a personajes tan turbios como Phillipe Égalité, cuyo propio voto posibilitó la prohibición de la Orden en plena revolución. Con el Directorio, el restablecimiento parcial de la masonería se realizaría con un rito pactado, sincrético, de inspiración exótica y hermética, que es el REAA, posiblemente el más practicado hoy en el mundo: este sería ya un rito depurado de sus bases cristianas en sus grados azules básicos, aunque sin dejar por ello de ser teísta, al menos en teoría.

Mientras agrupamientos masónicos racionalistas, como el de los Philalètes, trataban de hallar una vía no religiosa al conocimiento último de la realidad, otros sectores multiplicaban sus esfuerzos por la ruta tradicional, de fuerte base religiosa cristiana. Tanto los Philalètes como otras logias de corte filosófico ilustrado siguieron con atención las prácticas magnetizantes de Messmer o las videncias y curaciones de Giuseppe Bálsamo -más conocido por Cagliostro- con su masonería egipcia. Nadie escapaba a esa fascinación por lo oculto y sus poderes, ni siquiera las corrientes más tradicionales, aquellas que daban al cristianismo toda la credibilidad tradicional para desplegar la iniciación masónica. Ni Willermoz, el futuro creador del Rito Escocés Rectificado, ni Saint-Martin, inspirador de la llamada iniciación cardíaca, hallaron incompatibilidad alguna entre su profundo cristianismo y sesiones de videncia.

Sin embargo, aunque cualquier agrupamiento masónico europeo de aquel siglo ilustrado podía establecer contacto e intercambios con otros de corrientes distantes e incluso opuestas, no hay duda que a mediados de la centuria se estaban conformando dos grandes bloques que culminarían en una auténtica escisión doctrinal y organizativa. Por supuesto, los Philalètes y otros racio-

nalistas no urdieron en nada lo que el reaccionario Barruel llamó la ‘conspiración masónica’ para provocar la revolución, pero sí es cierto que agnósticos y ateos tenían fuertes discrepancias con las afirmaciones demasiado teístas –a su juicio- de las Constituciones de Anderson, dado su distanciamiento de Roma y del viejo Régimen monárquico. La ruta ilustrada nos es bien conocida, ya que resultó vencedora, de forma súbita y sangrienta, abriendo paso a nuevas sociedades modernas como las que hoy gobiernan el mundo: no debe extrañar, pues, que se haya intentado atribuir a los revolucionarios de Weisthaupt en Baviera –conocidos como Illuminati- la infiltración en la masonería racionalista francesa hasta desencadenar la revolución de 1789, aunque todo eso ha sido debidamente descartado por los historiadores masónicos (Ligou, Négrier).

De quien nada se sabe, o escasamente, es del otro gran sector o corriente, el tradicional, poco identificable con el ultramontanismo católico tanto por la presencia de masones de diversa confesión cristiana como por la excomunión dictada contra los católicos de la Orden. Tres personalidades eminentes dominaron el siglo XVIII en el campo iniciático cristiano: Martínez de Pasqually, Louis-Claude de Saint Martin y Jean-Baptiste Willermoz (Amadou, Var, Vivenza), todos ellos con un prestigio masónico considerable y muy lejos, en sus experiencias personales, de lo que se pudiera considerar una derrota de la tradición cristiana, ya que sus vidas fueron de alternativas cambiantes pero no derrotadas. Podemos ya anticipar que su obra no se interrumpió en aquel vibrante siglo, sino que marca un trayecto consolidado para tres grandes vías iniciáticas cristianas, occidentales, presentes y activas en nuestros días. Junto a ellos, otros hombres destacados como Cagnet de Lestère, Du Roy d’Hauterive o De Maistre, formaron una brillante generación de tradicionales, centrados en la labor iniciática del autoconocimiento espiritual, y que dejaron una herencia inestimable. Políticamente, las opciones fueron desde el conservadurismo monárquico de Joseph de Maistre hasta el apoyo razonado a la revolución de un teósofo como Saint Martin.

Un hombre de posible ascendencia judaica española, nacido en Grenoble, tuvo enorme resonancia en la Francia masónica del siglo XVIII, e incluso en la España posterior, ya que Menéndez Pelayo le dedicó una dura crítica en su Historia de los heterodoxos españoles: Jacques de Livron Joachim de la Tour de la Casa Martínez de Pasqually, conocido más simplemente por Martínez de Pasqually. Conservamos de él una obra, redactada en buena medida por su discípulo Saint Martin: Tratado de la reintegración de los seres en sus originales virtudes, poderes y cualidades. Y en paralelo, disponemos de los rituales de la Orden de los Caballeros Masones Élus Cohen del Universo, que él mismo fundó y con logias en Burdeos, París Lyon, Marsella y una docena más de ciudades francesas. Oficial del ejército francés, su prestigio en los acuartelamientos de Burdeos le permitió crear las primeras logias con reconocimiento de la Gran Logia de Francia, y más tarde constituir una nueva obediencia popularmente designada como los Élus Coën o Cohen. Poseedor, según él, de una antigua transmisión iniciática, profundamente católico, y con una numerología peculiar no coincidente con la de la Cábala judaica, Martínez de Pasqually fue reconocido como teúrgo por quienes se relacionaron con él y su presencia confortaba a los participantes en los rituales de las logias de su orden de ‘Escogidos Sacerdotes’ del universo.

Saint Martin, que abandonaría su carrera militar para convertirse en el secretario y principal discípulo de Martínez Pasqually, adoptó la doctrina del maestro sobre la caída y postración de Adán y su descendencia, como lo haría a su vez el lyonés Willermoz. Entre 1767 y 1774, Burdeos irradió teúrgia masónica hacia todas las logias de la Orden, y el prestigio de los Cohen, acompañado

inevitablemente de especulaciones sobre sus actividades teúrgicas. La muerte en Haití, de Martínez de Pasqually, en 1774, provocó el distanciamiento de los principales discípulos, Willermoz, que iniciaría la formación del Rito escocés rectificado, y Saint Martin, que emprendería un periplo por toda Francia para convencer a los Cohen de abandonar las prácticas teúrgicas, excesivamente peligrosas sin la presencia de un maestro de la envergadura del desaparecido Martínez de Pasqually. Y pese a la diáspora que siguió a la muerte del fundador de los Cohen, Willermoz, Hauterive y Saint Martin dieron en Lyon unas magistrales lecciones a los masones (Amadou), basadas en la doctrina de la Reintegración. La potencia del pensamiento y el halo de misterio de los rituales Cohen fueron tales, que el mismo René Guénon escribió, ya en el siglo XX, sobre ‘El enigma de Martínez de Pasqually’, aunque este autor ni comprendió ni dispuso de información básica, fácilmente hallable en los agrupamientos Cohen, martinistas y rectificadores de ese momento.

Como ha señalado Vivenza, la reformulación doctrinal de Martínez de Pasqually marcará en Occidente las principales vías iniciáticas cristianas del siglo XVIII y que llegarán hasta la actualidad. Las alegorías que utiliza en su Tratado de la reintegración de los seres son una peculiar lectura del Antiguo Testamento, pero con un cristocentrismo poderoso que le distingue radicalmente de cualquier cabalismo judaico. Martínez de Pasqually comparte con Orígenes una percepción negativa del mundo en el que vivimos, ya que lo considera –como Platón- una cárcel en la que Dios encerró al ángel caído, y la labor del hombre es liberarse del peso material burdo de esa creación restrictiva. Saint Martin con su iniciación cardíaca y Willermoz con su Rito Escocés Rectificado compartieron siempre esa percepción, muchos decenios después de la muerte de su maestro. En términos cotidianos, el maestro de los Cohen exigía a los miembros de sus logias una práctica religiosa estricta, condición indispensable para un trabajo iniciático ponderado y profundo. El cristianismo no sólo era base indispensable, sino la estructura del trabajo cohen y su misma realización o culminación espiritual.

Con apenas una veintena de templos en toda Francia, el prestigio de Martínez de Pasqually y de la docena escasa de supremos iniciados –los Réau+Croix- era innegable en una intelectualidad que se afanaba por hallar el corazón mismo de la verdad. Círculos, velas, cortinajes, postraciones e invocaciones, además de largos ayunos y grandes rituales equinocciales, son aspectos tangibles del complejo rito teúrgico de los Caballeros Masones Élus Cohen del Universo. El objetivo de esas pequeñas y selectas agrupaciones –que llegan, como hemos expuesto, hasta el presente- no era otro que la materialización de lo que Martínez definía como ‘La Cosa’, o Espíritu conductor. Incluso las logias más racionalistas estaban fascinadas por la pujanza de los trabajos Cohen, pero la barrera teísta cristiana les impedía cualquier acceso a los trabajos de las logias Cohen. Otro rasgo doctrinal de Martínez de Pasqually fue su percepción de Dios como unidad –en fórmulas muy cercanas a Dionisio el Areopagita- y no como realidad trinitaria, si bien sus discípulos más destacados fueron siempre ortodoxos en esta cuestión. En suma, la concepción martinista se situaba en campo cristiano, con una lectura particular de la caída y degradación de los humanos y la naturaleza, también degenerada por el hundimiento creciente de los hijos de Adán. El sacerdocio auténtico era la preservación del rito primigenio de Adán, Abel y Set hasta Cristo y los Cohen.

Pero Martínez de Pasqually marchó en 1772 hacia Port au Prince, en Saint Domingue (el futuro Haití) y allí moriría dos años más tarde. Se sabe tan poco de su actividad en la isla caribeña, co-

mo de su misma vida. Cagnet de Lestère y Sebastien de las Casas sucedieron al desaparecido al frente de la orden de los Réau+Croix, pero pusieron en sueños la organización a los pocos años: grupos dispersos de antiguos Cohen prosiguieron practicando sus rituales, aunque la orden como tal sólo sería reactivada a mediados del siglo pasado. Por su parte, Saint Martin y Willermoz se alejaron del ámbito Cohen: para el primero, en un método iniciático de unión con la Divinidad, la única garantía contra desvíos oscuros es Cristo como Dios humano viviente, y cualquier invocación a espíritus intermedios es un riesgo excesivo; para el segundo, una teúrgia sin maestro capacitado corría el riesgo de dispersar a los iniciados y de aislarlos de su entorno.

Saint Martin, influenciado por sus traducciones de la obra de Jacob Boheme, se distanció de cualquier fórmula organizada, fuesen Iglesias ou órdenes iniciáticas, y puso en marcha su método iniciático de oración de silencio o vía cardíaca, con continuadores tanto en Rusia como en Francia. Willermoz, buen conocedor de todo el mundo masónico europeo y sus ritos, sentó con su RER las bases de un sólido edificio iniciático, masónico en sus cimientos pero caballeresco y sacerdotal en su cuerpo y cabeza. Aunque sus vías, martinista y rectificada, son distintas, su contenido doctrinal fue siempre el mismo, y la amistad de los dos hombres duró todas sus vidas, colaborando con frecuencia Saint Martin en la redacción de los rituales rectificados. Cabe ahora preguntarse por la especificidad del Rito Escocés Rectificado, que Willermoz presentó en el Convento masónico de las Galias, en 1778, y que estructuró de forma consistente, en 1782, en el Convento de Wilhemsbad, al disolverse la Estricta Obediencia Templaria, que dirigía el Duque de Brunswick.

La dispersión de rituales en la que había entrado el inicial Rito Francés antiguo era tal que, tanto los futuros creadores del REAA como los del RER, eran conscientes de la urgencia de una depuración y una centralización del rito 'escocés'. Willermoz lo hizo en primer lugar, simplificando el ritual, depurándolo de adherencias exóticas que se habían ido introduciendo, y regresando a lo que él consideraba la simplicidad iniciática escocesa, es decir a sus bases medievales cristianas y exigiendo profesión de fe cristiana a cualquier candidato. Willermoz incorporó pronto la caballería, pero rechazando cualquier idea de continuidad con la del Temple, aunque sí rememorándola, y favoreciendo con ello la disolución de la Estricta Obediencia Templaria (ésta se mantiene hasta hoy a partir de algunos de sus núcleos antiguos), y creando una Orden supranacional con provincias históricas (Aragón, Auvernia, Occitania, etc.).

Culminando el edificio, Willermoz forjó la Profesión, constituida por iniciados de fuerte capacidad y encargados de velar secretamente, a nivel local e internacional, por la salud espiritual de la Orden escocesa rectificada de Caballeros Masones cristianos. El llamado cuarto grado, reelaborado por Willermoz hasta su forma actual, es el de Maestro Escocés de San Andrés, en cuyo nivel acaba la iniciación simbólica y se abre la perspectiva de combate caballeresco. Lo que Willermoz, De Maistre e incluso Saint Martin hicieron no fue una simple 'rectificación escocesa', sino una rectificación radical de la descristianización andersoniana, batallando directamente por la recuperación del espacio iniciático, masónico, que estaba amenazado de degenerar en un club ilustrado o en una asociación política. A diferencia de las obediencias andersonianas, el RER posee una estructura jerárquica única, dirigida por los caballeros.

Cuando seguidores de Guénon (Roman, Reyor, Valsan, Tourniac, Gillis) retoman su opinión sobre la inexistencia de una tradición completa en Occidente, considerando a la masonería como

una vía iniciática carente de dimensión metafísica, habría que recordar que eso sólo ha sido así en su ignorancia: la metafísica no se extinguió en cristianismo con Eckhart, pues está presente en San Juan de la Cruz, en Jacob Boheme, en François Malaval, en Louis-Claude de Saint Martin y en las variantes iniciáticas martinezista, martinista y rectificada, aunque haya que excluir de ellas al ocultismo de ciertas corrientes de inspiración teosofista. Tanto los Réau+Croix cohen, como los CBCS rectificados (Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa), como los Ph.I. (Filósofos Desconocidos) martinistas no tienen más objetivo que la unión con el Dios absoluto, y su compañía es la de Yeshua el Reparador, como llamaba Saint Martin a Jesucristo.

Puede que a la mayoría de guenonianos les disguste el cristianismo, pero no es posible ignorar la realidad de una iniciación cristiana viva, bien articulada y de alcance metafísico, ininterrumpida en dos mil años de existencia de esta tradición. La acción de los tres grandes maestros tradicionales del siglo ilustrado –Martínez, Willermoz y Saint Martin– preservó la iniciación occidental y puso coto a las derivas, bienintencionadas pero catastróficas, de los masones modernizantes. Sin la continuidad iniciática cristiana hoy, habría tenido razón Guénon al afirmar que no hay más opción para los occidentales que las iniciaciones orientales, desde el islam hasta el budismo o el hinduismo. El Rito Francés antiguo apenas es hoy un reducto practicado en logias de los Grandes Prioratos independientes, cristianos, y su espacio ha sido suplantado por el neohermetismo del REAA y el republicanismo del Rito Francés moderno: pero el Rito Escocés Rectificado es una fuerza real, iniciática, dinámica y tradicional dentro y fuera de los Prioratos independientes (incluso el laicista Gran Oriente de Francia, o la muy agnóstica Gran Logia Femenina de Francia practican el RER por su belleza y originalidad).

Tubalcaín y Phaleg: la ruptura masónica

Es bien conocido, en ámbitos masónicos, que ya los antiguos textos medievales citaban a Tubalcaín, hijo de Lamec, como iniciador de las artes constructivas, puesto que fue el primer forjador de metales, según el Antiguo Testamento. Anderson y Desaguliers no tocaron esa función de los viejos manuscritos, sino que incluso le otorgaron mayor relevancia, al tiempo que también lo hacían con la figura del maestro Hiram Abif, otro trabajador de los metales. No hubo gran dificultad para el RER en situar a Hiram como una alegoría del hombre-dios, Jesucristo. Pero sí fue más tortuoso y polémico cómo resituar a Tubalcaín, símbolo personalizado de la creatividad, forjador de belleza a la gloria de Dios. La ruta seguida por Willermoz, acompañado en esos años en Lyon por un Saint Martin también fascinado por los poderes de algunos videntes, ha sido con frecuencia criticada como poco seria y de dudosos resultados (Joly): hablemos de la aparición de Phaleg en la masonería rectificada.

Durante meses, los dos grandes discípulos de Martínez de Pasqually, Willermoz y Saint Martin, asistieron tras su muerte a unas sesiones de videncia en las que el ‘medium’ era Madame Valière, canónica de Monspey, y que al ser interrogada sobre la palabra más apta para identificar a un aprendiz masón, respondió ‘Phaleg’. Para Willermoz, profundo conocedor del Antiguo Testamento por sus largas estancias juveniles en la parroquia que dirigía su tío, el nombre de Phaleg fue una revelación inspirada.

Si echamos una mirada al Antiguo Testamento, nos daremos cuenta que la alusión a Phaleg (también transcrito en ocasiones ‘Paleg’ y ‘Peleg’) es breve: descendiente de Sem, a poco de em-

prenderse la construcción de la torre de Babel, se apartó de ella con su gente. Ciertamente es muy poco, y, aparentemente, este personaje veterotestamentario no posee ningún otro rasgo mencionable. No obstante, cuando se señala que llevó el nombre de Phaleg “porque en sus días fue dividida la tierra” (Génesis 10, 25), se está aludiendo a la confusión que siguió a la erección de Babel. Como señalaba Tourniac en un estudio sobre Phaleg, la raíz hebraica fal-pal es ‘separarse’, y la traducción más exacta que puede hacerse de Phaleg es ‘el que se separa o aleja’. Tras esta brevísima alusión, apenas tres apartados sobre la descendencia de Sem sitúan a Phaleg como hijo del semita Heber y padre de Reu (Génesis 11, 16-19), sin más detalles. Puede comprenderse la extrañeza de que un personaje tan poco destacado ocupase un lugar central en el nuevo rito de Willermoz.

Con todo, la decisión de Willermoz estaba cargada de implicaciones. Ante todo, situaba como signo de reconocimiento un nombre de linaje inmaculado –descendiente de Sem- que fue el único que con los suyos habría abandonado la construcción de Babel, la torre del Orgullo, tras un primer momento en que habría colaborado en la empresa. Algunas leyendas medievales nos hablan de Phaleg como el hombre que se apartó del resto y se fue hacia el lejano norte (Alemania, en ciertos manuscritos) para regresar luego, sin temor a prevaricar, entre los demás pueblos descendientes de la confusión babeliana. La elección willermoziana no fue una fantasía ni una feliz coincidencia, sino un acto meditado que situaba a Phaleg en la línea irreprochable de Noé y de Abel, en la genealogía que Martínez de Pasqually llamó el verdadero culto primitivo, sin mácula (Fontaine). Tal vez la vidente Madame Monspey, no sugirió esto de forma tan errática como ciertos críticos del RER han querido señalar: habría sido difícil, para un perfecto conocedor de las Escrituras, como Willermoz, no captar la especificidad de un personaje supuestamente gris y casi anónimo como Phaleg.

La consolidación de los rasgos manifiestamente cristianos del Rectificado profundizaron más en la ruta de Phaleg: este maestro de la tradición original, capaz de errar y rectificar como indican las leyendas medievales, poco tiene que ver con el linaje de Caín, entre los que destacó un maestro de metales como Tubalcaín, de indudable calidad humana, pero en una estirpe ritualmente errada y de confusión. Contraponer a Phaleg, ‘creador de justas y perfectas logias’ como indican los rituales rectificadas, a Tubalcaín, el forjador nacido de la estirpe ingrata a los ojos de Yahvé, fue el paso que Willermoz y los creadores de Rito Escocés Rectificado dieron sin vacilar. Desde ese momento, Phaleg fue la divisa de la rectificación escocesa, cristiana, iniciática, frente a la coalición de ritos que mezclaban elementos de la más diversa y dudosa procedencia, en la nueva confusión babeliana –esta vez en la moderna masonería- que señoreaba el siglo XVIII ilustrado.

De igual modo que se requería, y se requiere hoy, la explícita declaración de fe cristiana para ingresar en el Rito Escocés Rectificado, la exclusión de Tubalcaín de los rituales no es un dato banal o accesorio, ya que con ella se expulsa alegóricamente cualquier colusión o confraternización con los creadores de ‘malas logias’, es decir, de aquellos que no se mantienen apartados de la confusión que caracteriza la mayor parte de ritos andersonianos, recargados con simbolismos de procedencia diversa e hijos de la confusión racionalista de las últimas centurias modernas. Así, para autores relevantes (Tourniac, Fontaine, Vivenza), Phaleg fue una ruptura providencial y deliberada.

Debemos añadir otro aspecto central para la masonería del siglo XXI: el supuesto carácter ‘cainita’, infractor, de toda construcción humana, empezando por la forja de metales con Tubalcaín y culminando con las creaciones arquitectónicas o tecnoinstrumentales del presente. Para mi sorpresa, fueron algunos maestros masones que se ocuparon de mi formación, quienes me indicaron que siempre ha habido un rasgo ‘cainita’, de orgullo desafiante, en todo constructo humano, desde Henoc al fundar la primera ciudad para su padre Caín, desde Tubalcaín y sus habilidosos hermanos, e incluso desde tiempos postdiluvianos cuando el ‘camita’ Nemrod -poderoso ante Dios- alzó las primeras grandes ciudades. De alguna forma, se me explicó y se sigue enseñando que la fuerza constructiva, creacional, de los artesanos y transformadores de la naturaleza tiene un punto de insubordinación, de locura genial, de desorden creador: Tubalcaín sería el símbolo veterotestamentario de esa creatividad en linajes malditos o desviados del pacto con la Divinidad. Posiblemente, quien mejor haya teorizado sobre el cainismo masónico ha sido Robert Ambelain, que en un par de capítulos de una de sus polémicas obras (El secreto masónico), niega toda capacidad constructiva a los descendientes de Set o de Sem, y afirmando que la fuerza divina, creacional, se manifiesta exclusivamente en los linajes infractores.

Por supuesto que en numerosas culturas se considera al hombre dotado de una energía peculiar – egipcios ayer o bantúes hoy le llaman Hu- que si no es bien controlada le puede destruir a él y a sus semejantes. Sin embargo, esa fuerza creacional, heredada de la Divinidad, puede ser usada armoniosamente, como el jardinero reorganizando el mundo natural sin dañarlo ni destruirlo, o de modo brutal y desestructurador, como el minero que dinamita paisajes y contamina los recursos naturales. Estamos hablando, ciertamente, de forma figurada, pero pensamos que el mensaje debe ser escuchado: el jardinero ideal crea sin destruir, reordena sin sumir la realidad en un caos tenebroso, y su acción es diáfana, y nacida de una estricta libertad de proseguir la armonía creacional; el minero, más allá de un uso ponderado de los metales, puede enloquecer dinamitando montes, desviando aguas y emponzoñando aire y tierra, y su demostración de poderío tiene más a ver con el Harmagedón que con el paraíso.

Lo que para Ambelain era la demostración cainita de la libertad –hacer lo prohibido- para la rectificación escocesa es una demostración penosa de sometimiento a las propias pasiones y de esclavitud ante las exigencias de lo satánico (lo destructivo). Puede entenderse que el cainita reivindique la destrucción como muestra palpable de ‘su’ libertad, pero los rectificadores consideraron, desde su fundación, que el verdadero rectificado sólo es libre en la medida en que acepta los límites de la armonía creacional del mundo y procrea y recrea a partir de esa armonía, nunca en su contra. No cabe duda que la infracción radical, prometeica, del orden es una buena demostración negativa de la existencia de la libertad, pero ello contrasta abiertamente con el uso realmente positivo, constructivo, de esa libertad humana. Terminaremos esta breve mención al supuesto cainismo de la masonería, y al supuesto error de Phaleg, con una cita bíblica significativa sobre la reflexión de Dios respecto a la torre de Babel: “ahora, nada de lo que se propongan les será imposible” (Génesis 11, 6 en versión Biblia de Jerusalén) o bien “en adelante no se prohibirán ningún proyecto que imaginen” (idem anterior, en versión Fundació Bíblica Catalana). La carencia de límites, la negación de pautas, la soberbia de Babel sólo puede conducir a la locura y al desastre, y ese ha sido y es el peor empleo posible de la libertad de los hijos de Dios. Phaleg, en su sencillez y en su fuerza para romper con la confusión, es el símbolo de la masonería tradicional, de la masonería iniciática, de la masonería cristiana, y es la antípoda de Tubalcaín, el cainita.

Andersonianos y rectificados, hoy

Aunque no haya paridad en términos cuantitativos, en el ámbito de la cualidad hay un campo masónico andersoniano -moderno, cainita- y un campo cristiano -tradicional, iniciático- cuyos ritos más practicados son el Sueco y el Escocés Rectificado. Hablemos, en primer lugar, de aquella masonería que se suele identificar con la percepción que las gentes tienen actualmente de la orden: las obediencias de corte andersoniano, ya sean de obediencia inglesa o ‘regular’, bien sean de tipo liberal o ‘adogmáticas’. Por supuesto, siempre hallaremos obediencias impecables y logias intachables, que serán la excepción y rara vez la regla. De modo excepcional, en el seno de la masonería andersoniana, se halla la corriente minoritaria pero muy activa de los guenonianos, que por lo general trabajan el rito conocido como REAA, pero sin basarse en ninguna tradición concreta, sino en un vago ‘Principio Supremo’ y considerando además la orden masónica como una entidad iniciática truncada e incapaz de ofrecer la ‘realización espiritual’.

La mayoría de obediencias en América son ‘regulares’ y, al menos formalmente, respetan la norma, dictada por la Gran Logia Unida de Inglaterra en 1929, de creer en un Ser Supremo revelado, aunque en la práctica la deriva que están siguiendo en las últimas décadas va hacia el agnosticismo teórico y al ateísmo práctico; de estas obediencias suele destacarse su carácter de club social, y en ellas se entiende la fraternidad como un sistema eficaz de ayuda mutua, que a veces degenera en arribismos económicos y políticos. Un ejemplo extremo de esta actitud, lo tenemos en la Grande Loge Nationale Française (GLNF), cuyas intervenciones en África están cargadas de escándalos de lo que se conoce como ‘la Françafrique’ (juego de palabras de argot: la Francia-Africa del dinero, ‘fric’). La causa de semejante degradación desde la ‘fraternidad’ hasta las corruptelas, la hallamos justamente en el hecho de que el teísmo ‘regular’ es hoy sólo una frase hueca, y por ello la acción económica queda despenalizada, porque sólo se ve en la ‘regularidad’ inglesa un club social en el que las relaciones horizontales –sociales- priman sobre cualquier iniciación misteriosa, vertical. A pesar de ello, la mayoría masónica andersoniana, en el mundo, sigue siendo ‘regular’.

El resto de obediencias andersonianas tienen sus bases en la ruptura que a fines del siglo XIX efectuó el Grand Orient de France (GODF), al suprimir de sus Constituciones toda referencia al Gran Arquitecto del Universo. Es la masonería andersoniana más moderna, que proclama su apego a la libertad y al racionalismo ‘adogmático’, y que tiene émulos en casi todos los continentes. Se entiende la ‘fraternidad’ como entre los regulares, pero se hace hincapié en la importancia de una ética colectiva que los masones deberían encabezar. Ciertamente, sus obediencias suelen estar implicadas en menos corruptelas, pero su afán por debatir de aspectos sociales, e incluso religiosos desde una óptica racionalista, les lleva invariablemente a escisiones y fracturas. Curiosamente, esta masonería ‘adogmática’, por lo general ferozmente anti-religiosa, gusta de practicar ritos cristianos como el Swedemborg, el Rito Francés antiguo y muy especialmente el RER, a partir de la Carta Patente que el GODF tiene desde 1776 (por acuerdo de los Directorios del Régime Rectificado). Nos hallamos así ante un despropósito enorme: ateos y agnósticos, y asimismo musulmanes y budistas, practican el Rectificado por la belleza de sus formas externas pero no entendiendo nada de cada frase o lema, dado su profundo carácter cristiano, totalmente inocultable. Esta masonería tiene vocación política encubierta y carece de cualquier contenido iniciático, porque no sabe siquiera qué es la tradición, con la que ha roto desde su raíz última: el reconocimiento de la Divinidad y la búsqueda de su realidad en nosotros.

El ámbito masónico no andersoniano, por lo tanto tradicional y cristiano en Occidente, es muy pequeño en términos numéricos, pero altamente significativo por su práctica y por su prestigio. En los países Escandinavos, el rito de Swedemborg se mantiene vivo aunque el más popular es el Rito Sueco muy generalizado en las diversas obediencias del norte europeo, y ambos estrictamente cristianos. En Alemania, sectores no disueltos de la antigua Estricta Observancia Templaria –que comandó el Duque de Brunshwig hasta el Convento de Wilhemsbad en 1782- están hoy reagrupándose e iniciando relaciones con los restantes ritos masónicos cristianos en Europa, aunque el rito masónico cristiano más practicado y popular sigue siendo el de Zinnendorf. El Rito Francés antiguo, antes de su des cristianización, pervive de forma minoritaria tanto en Francia como en África, posibilitando un acceso progresivo al cristianismo hasta manifestarse con claridad en el cuarto Grado, llamado del Caballero del Águila Negra o, más simplemente, del Soberano Príncipe Rosa+Cruz, como ya comentamos brevemente. Por último, el RER se practica en dos versiones legítimas: la simplificada, de la Gran Logia Alpina de Suiza -que heredó en 1881 del Directorio del Grand Prieuré d'Helvetie la continuidad viviente del rito durante todo el siglo XIX- y que transmitió a otras obediencias francesas en el pasado siglo XX el derecho a practicar el RER, además de la patente de la que disponía el GODF desde el siglo XVIII; y la original, redactada por Willermoz, y también reconocida por la Gran Logia Alpina y que hoy practican en todo su rigor los llamados Grandes Prioratos Independientes (Galias, Lotaringia, Hispania). Esos escasos millares de masones son, hoy en día, la más sólida continuidad iniciática de Occidente, y tienen de ello una clara conciencia, en sus prácticas rituales y en sus conductas, porque nadie como ellos ha ido con tanta intensidad ‘buscando la paz, buscando a Dios’ como cantó en su día, en catalán, Raimon.

Hablemos, más concretamente, del Rito Escocés Rectificado, que Willermoz y los suyos establecieron de forma definitiva en los conventos masónicos de las Galias (1778) y de Wilhemsbad (1782), años antes de que se sentaran las bases del nuevo Rito Francés moderno, y que apareciese el Rito Escocés Antiguo y Aceptado (REAA). Hay que admitir, con Callaey, que, a las puertas de la revolución francesa de 1789, el prestigio y fuerza del RER alcanzaba sus niveles más altos, tanto en Francia como en Alemania, y la rectificación escocesa representaba la tradición iniciática cristiana que en su día reactivaron los Cohen. Pero, tras la revolución, la masonería pasó a ser mucho más institucionalizada por el bonapartismo y el RER sobrevivió apenas en Suiza, donde se siguió practicando en una versión muy escueta, por adaptación a un calvinismo menos barroco que el catolicismo de los De Maistre o Willermoz.

Hubo que esperar, pues, a mediados de siglo pasado, a que el Gran Priorato de las Galias fuese autorizado por la Gran Logia Alpina a recuperar y utilizar los rituales originales del siglo XVIII: cuando en el año 2000, el GPDG salió de la GLNF (Gran Logia Nacional Francesa), empezaron lentamente a emerger los Prioratos Independientes rectificados, aquellos que forman una estructura jerárquica única, comandada por la caballería de los CBCS o Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa. En realidad, la Orden de los caballeros masones cristianos no es nacional, sino única, y sus actuales obediencias son, por derecho, secciones o provincias de esa única orden masónica cristiana, con estructura de prioratos monástico-caballerescos y cuerpo básico masónico en los primeros grados. Los Grandes Prioratos independientes admiten afiliaciones de masones procedentes de otros ritos, pero deniegan la incorporación a los no cristianos y exigen que la maestría masónica plena (cuarto grado RER, Maestro Escocés de San Andrés) sólo pueda ser ob-

tenida por verdaderos maestros cristianos. En otros términos, la fraternidad ritual tiene unos límites, ya que la masonería andersoniana ha degradado gravemente los contenidos iniciáticos, y la masonería de tradición no puede tergiversar en este aspecto, clave para la iniciación en los misterios sagrados.

Sería impropio de estos tiempos de banalización, de confusión neobabeliana, o simplemente de globalización moderna, que la masonería de tradición –la principal vía iniciática en el Occidente cristiano- obtuviese popularidad y éxito de masas. Más bien sería un signo negativo y un indicio claro de que la tradición no estaría ahí. Una vez más, la figura mítica de Phaleg reaparece para marcar las distancias y separar el grano de la paja, para deslindar la masonería social andersoniana de la masonería iniciática de raigambre cristiana. En las logias tradicionales se trabaja a la Gloria del Gran Arquitecto, y su imagen está claramente dibujada en los textos medievales, en los que puede verse a Jesucristo trazando el mundo con el compás celeste: la ruta iniciática es la del conocimiento de la verdad, y ésta se halla en la Divinidad y en nuestro interior, ya que no existiríamos ni un instante fuera de su realidad única, tal y como los sarmientos no pueden sobrevivir fuera de la cepa de viña. Ésta fue la auténtica alquimia espiritual de los medievales y la verdadera iniciación que los monjes enseñaron en los monasterios benedictinos de Northumbria, Fulda, Reichenau, Hirshau o Clairvaux a los futuros masones libres o laicos (Callaey). La ruta de la iniciación masónica es estrecha y su secreto profundo sólo se desvela a quienes se esfuerzan, perseveran y mantienen vivo su anhelo de verdad y paz .

Nadie que piense, bienintencionadamente, que cualquier tradición le llevará a la realización espiritual puede ni debe estar en la masonería tradicional, porque sólo aquellos que consideran que Emmanuel –Dios con nosotros- está vivo en cada acción e instante de nuestras vidas podrán aprovechar la pujante mistagogía –la enseñanza misteriosa- del Rito Escocés Rectificado. Lejos de amalgamas modernas, de sincretismos y de relativismos al uso globalizado, la iniciación masónica rectificadora labora silenciosamente, junto a las restantes masonerías cristianas, por la resurrección del hombre a su primera naturaleza y por evitar que el reino del César ensombrezca la ruta del reino del espíritu: se respeta al César, como bien recuerdan los brindis masónicos, pero como símbolo inmerecido del orden divino, pues la acción masónica opera efectivamente en un reino del que poco o nada saben ni el César y ni los cesarianos modernos.

Más que nunca, se precisa hoy del coraje, de la humildad y de la equidad de Phaleg para alejarse de la confusión babeliana. La masonería cristiana no sigue los fuegos fátuos de Tubalcaín, el herrero, sino la llama pura de Phaleg, el justo. Como reza uno de los más destacados lemas de la rectificación escocesa: ‘In silentio et spe, fortitudo mea’ (En el silencio y en la esperanza se halla mi fortaleza). Sólo ese trabajo silencioso, constante, discreto, caritativo de los caballeros masones cristianos es garantía estable de luz y anuncio de reconstrucción del arruinado templo humano, ése que incluso caído permanece con su columna truncada todavía erguida, porque ningún hijo de Adán queda fuera de la reparación de Cristo. En el 2009 de la Verdadera Luz, la masonería rectificadora reivindica para sí la responsabilidad de una iniciación cristiana que nació, en palabras de De Maistre, ‘el día en que nacieron los días’.